



Ramón Pérez Ramírez

Egresado de Médico Cirujano

Cuando terminé la preparatoria en el año 2003, apliqué el examen para Medicina en la Universidad Autónoma de Aguascalientes y en la Universidad de Guadalajara campus Tapatilán; para mi sorpresa quedé en las dos. Me decidí por la UAA debido a su prestigio, nivel académico de sus egresados, su cercanía de Encarnación de Díaz y además porque dos de mis hermanos salieron en listas en la UAA.

Inicié la carrera de Médico Cirujano; yo tenía veintiséis años (era el de mayor edad en el grupo). Sabía que era mi última oportunidad para estudiar. Puse todo mi esfuerzo y dedicación, obtuve el primer lugar de la generación y mención honorífica. El sueño era seguir estudiando y me preparé para el examen nacional de residencias médicas; quedé en otorrinolaringología y cirugía de cabeza y cuello en el hospital de Alta Especialidad Centro Médico Nacional de Occidente, del Instituto Mexicano del Seguro Social. Cuando llegué el primer día a este hospital, mis maestros me preguntaron cómo le había hecho, pues allí ingresaban en su mayoría alumnos egresados de la Universidad de Guadalajara.

Fueron cuatro años muy pesados, pero lo logré, terminé la especialidad a la edad de treinta y ocho años. Hice Medicina Institucional, ejerciendo en el IMSS en el HGZ 1 de la ciudad de Aguascalientes y privada en el pueblo de Encarnación de Díaz, Jalisco, y en la ciudad de Aguascalientes.

Lo que marcó mi vida profesional fue la pandemia por la COVID-19. Entré al área COVID del IMSS y atendía en los dos consultorios privados; tuve

que renunciar a la institución porque la carga de trabajo era excesiva. En la pandemia abrí las puertas de mis consultorios, mientras la mayoría de los médicos las cerraron. En la segunda ola, el 23 de diciembre de 2020 (cumplía mi décimo aniversario de matrimonio), atendí sesenta y cinco pacientes infectados, llegué a casa a la 01:00 am del siguiente día.

Fueron dos años muy pesados y difíciles por la incertidumbre de cuándo terminaría esa pesadilla. Me infecté dos veces, y la última me enfermé con neumonía, requerí oxígeno en casa, llevé el virus a mi familia infectando a mi esposa y a mis dos hijos. En cuanto me recuperé, nada me detuvo, continué con mi misión, la pandemia apenas iniciaba. Atendí cerca de doce mil pacientes por esta infección, de los cuales novecientos ochenta y ocho tenían COVID grave (complicados con neumonía atípica). Me hice de un equipo multidisciplinario, incluyendo a grandes enfermeros, los cuales acudían a diario a revisar a los pacientes infectados graves, aplicaban medicamentos intramusculares, los enseñaban a nebulizarse, a conseguir oxígeno, concentradores, tomaban signos vitales, reportándome los mañana y noche: di un seguimiento estrecho por videollamada, mensajes por WhatsApp y valoración en consultorio, agregando esquemas de insulina, medicamentos antihipertensivos, entre otros. Obtuve una sobrevivencia de 95 % de estos pacientes graves, todos manejados en casa.

Vi pacientes embarazadas, sus médicos tratantes (ginecólogos) al saber que estaban infectadas no las valoraban; tres presentaron neumonía y la libraron y salieron de la batalla en casa. Actualmente, tienen a sus hijos sanos. Cabe mencionar que los pacientes sólo pagaron dos consultas (la inicial y la del alta). Entendí la importancia de ser médico, salvé, con la ayuda de Dios, cientos de vidas; no me importó la exposición, tenía una misión y di el cien.

Conocí a mucha gente, la mayoría vulnerable y con necesidad económica. Comprendí que el éxito no es el que trae el mejor carro, el que viaja, el que gana más dinero, sino el que se gana el respeto de su pueblo porque tiene la empatía de ponerse en los zapatos de su prójimo, ¡y yo lo tengo!

Mi pasión es la enseñanza y la investigación. Actualmente soy maestro de los alumnos de la Benemérita Universidad Autónoma de Aguascalientes en la práctica clínica que llevan la materia de Otorrinolaringología; soy profesor en congresos

nacionales e internacionales, y tengo varios artículos publicados en revistas nacionales e internacionales.

Todo esto me hace muy feliz. En mi práctica médica aplico la medicina general (tengo muy buenas bases), y además, mi especialidad; de esta forma he podido ayudar a muchos pacientes, tratándolos de su problema y, en su defecto, canalizándolos con el especialista correspondiente. Desde pequeño soñé con ser médico; soy un águila a la cual le ataron sus alas por ocho años, el camino fue muy difícil y arduo para llegar a la meta. Hoy digo: lo he logrado. Estoy agradecido con Dios, con mis padres, mis hermanos, mi esposa, mis maestros y, sobre todo, con mis pacientes. Este mérito que me hace mi querida Universidad es también de ellos.

Soy un médico exitoso, amo a mi familia, mi profesión. Estoy agradecido con los miles de pacientes que confían en mí. ¡Persigo mis sueños, pero tengo los pies bien puestos en la tierra, sé de dónde vengo y para dónde voy! ¡Nadie puede detener lo imparabile! ¡El que salva una vida, salva al mundo!

Soy originario de una comunidad pequeña del municipio de Encarnación de Díaz, ubicada en Los Altos de Jalisco. Vengo de una familia muy humilde y trabajadora. Recuerdo cuando tenía la edad de nueve años (en 1986), por primera vez conocí la Universidad Autónoma de Aguascalientes (pasé por la avenida) y dije: “Cuando sea grande, aquí voy a estudiar”.

Soy el varón mayor de una familia, el segundo de siete hermanos. Una vez que terminé la primaria en mi pueblo, los papás de los egresados se pusieron de acuerdo y hablaron con una línea de autobús para llevarnos a estudiar a Encarnación de Díaz y regresarnos a nuestro pueblo. Cabe mencionar que toda la infancia y hasta mediados de la secundaria, en casa nos aluzábamos con velas o bombillas de petróleo. Una vez terminada la secundaria, tenía muchos deseos de seguir estudiando y convencí a mi papá de que me inscribiera a la preparatoria Ángel Anguiano, incorporada a la UAA (única en ese momento en Encarnación de Díaz).

En esas vacaciones, mi papá puso una tienda de abarrotes. Cuando iba a tomar el camión para mi primer día de clases, mi padre habló conmigo diciéndome que no podía continuar con mis estudios; tuve que ayudarlo en la tienda por ocho años porque mis hermanos eran pequeños y me necesitaba para trabajar. A la edad de 23 años, cuando mi hermana la más pequeña salió de la secundaria, se inscribió a la preparatoria; sin desistir en mi sueño, también me inscribí nuevamente en la

preparatoria Ángel Anguiano (me aceptaron ya siendo mayor de edad). Los primeros semestres fueron muy difíciles porque no recordaba álgebra, inglés, entre otras. Eran tantas mis ganas de seguir adelante que terminé con el primer lugar (era mi última oportunidad de cumplir mi sueño).

En quinto semestre de la preparatoria, la UAA y otras universidades fueron a darnos información sobre carreras, tenía muy claro mi objetivo: estudiar. Tenía muchas dudas sobre qué licenciatura elegir (sabía que era del área de la salud). En vacaciones de Semana Santa me invitaron a misiones a Puebla, y conocí a un médico muy entregado a su profesión: acudió a la casa de un enfermo en fase terminal, y con aquel amor lo revisó y le quitó su dolor, y allí descubrí qué quería estudiar. Inscubí a mis hermanos para el EXANI y quedamos en la UAA (Médico Estomatólogo, Médico Veterinario y yo en Médico Cirujano). Actualmente, somos profesionistas muy exitosos.

Mi familia y yo estamos muy agradecidos con la UAA por abrirnos las puertas, porque no éramos de Aguascalientes, y al ser una universidad pública logramos estudiar. Yo estube becado siempre. Me llevé el primer lugar, salí con mención honorífica y saqué el puntaje más alto en el EGEL (sobresaliente). La UAA tiene un nivel académico muy alto, me preparó para pasar un examen de residencias médicas.

Actualmente soy médico otorrinolaringólogo y cirujano de cabeza y cuello, dedicado a la práctica privada en Encarnación de Díaz, Jalisco y en Aguascalientes. En la pandemia por la COVID-19 entendí lo importante que es ser médico, abrí las puertas de mis consultorios, atendí cerca de doce mil pacientes con esta infección y cerca de mil graves. Me infecté dos veces y en la última me dio neumonía; pero en cuanto me recuperé nada ni nadie me detuvo, continué atendiendo a mis pacientes. Amo mi profesión, si volviera a nacer escogería, sin dudar, Medicina y estudiaría en la UAA.

Ingresé en el año 2003 a la UAA, fue un cambio radical en mi vida porque vivía en un pueblo pequeño. Aún recuerdo el primer semestre, esa materia tan nombrada por todos (Anatomía). Para el primer examen parcial me dieron un engargolado de aproximadamente trescientas páginas; tuve mucho miedo, todos decían que esa materia era el filtro. Pensé en renunciar, pero algo dentro de mí me decía que no, era “mi última oportunidad”, hice el examen de anatomía con el doctor Ramón Rosales, y para fortuna saqué el segundo lugar, y dije: ¡esto es lo mío! Entendí la enorme capacidad

que tiene nuestro cerebro. Lo mismo pasó con Anatomía II con el doctor Francisco Jaramillo; su materia era muy temida por todos. Lo logré, saqué diez.

Conocí e hice grandes amigos. A diario preparaba mis clases y siempre estudiando, todos los días, incluso los fines de semana. Cuando llegaban los exámenes yo no me desvelaba porque siempre me preparaba con anticipación, eso aseguraba el diez en la mayoría de los exámenes. Era tan disciplinado, que incluso iba al gimnasio y el día antes de los exámenes, al cine. Me funcionó mi forma de estudiar. Formé surcos de conocimiento. Actualmente soy buen médico general y especializado en oído, nariz y garganta.

Recuerdo a grandes maestros, sobre todo al doctor Andrés Quintanar, quien impartió la materia de Fisiología; se sabía de memoria el libro Guyton and Hall. Fue una persona que me inspiró, amaba su profesión. En quinto semestre llevé la materia de Semiología con el doctor Adrián Jiménez, aprendí fundamentos claves para un buen interrogatorio y una excelente exploración física, lo cual aplico hasta el día de hoy. Al conocer a tantos maestros en las aulas y en la práctica clínica, siempre deseé ser como ellos.

Recuerdo a la UAA con sus hermosos jardines. Cada que paso, doy gracias por abrirme las puertas. Siempre supe que era una de las mejores universidades del país, y no hay duda. De mi generación, 95 % somos médicos especialistas, eso habla del alto nivel académico.

Actualmente, rotan conmigo estudiantes del séptimo semestre de la UAA que llevan la materia de Otorrinolaringología; me hace muy feliz ser parte de su formación. Soy revisor de la revista *Lux Médica*, profesor en congresos y tengo trabajos de investigación en revistas nacionales e internacionales. He aprendido que quien salva una sola vida, salva al universo entero.

Doy gracias a Dios, a mis padres y a mis hermanos por apoyar mi proyecto de vida. El ser egresado de la Universidad Autónoma de Aguascalientes me ha abierto muchas puertas en el ámbito profesional y el personal. He seguido todos los eventos realizados en su 50° Aniversario, han estado muy organizados y muy emotivos.

Agradezco haberme seleccionado para la edición de este libro. Siempre soñé y esperé este momento.